

Crítica

Valentín Martínez-Otero Pérez. *Formación integral de adolescentes*. Madrid, Fundamentos (2000), 347 pp.

El libro escrito por Valentín Martínez-Otero Pérez, profesor de la Universidad Complutense, se mueve en el marco de la educación personalizada; de ahí que se aborden desde el punto teórico relevantes cuestiones como el concepto de persona y sus implicaciones, la formación del profesorado, la pedagogía emocional y moral, el ambiente y las relaciones humanas, etcétera. La obra se divide en ocho capítulos en los que se hace un recorrido por algunos de los temas capitales de la educación y se ofrecen recomendaciones de alcance práctico, aunque se reconoce explícitamente la complejidad de los problemas socioeducativos actuales y la necesaria coordinación entre las instituciones a la hora de buscar soluciones.

En todo el trabajo se armonizan las viejas y las nuevas ideas. Las antiguas porque el libro hunde sus raíces en el humanismo y las modernas porque se rescatan estos fundamentos, con frecuencia arrumbados por algunas prácticas pedagógicas, y se proyectan con entusiasta y racional discurso a la educación de los años venideros. Es así como los distintos temas tratados, a pesar de su singularidad, quedan vertebrados gracias a la confianza en la comunicación educativa y en la investigación pedagógica. En el trabajo se realiza una gran labor de síntesis de muchas cuestiones planteadas por la educación personalizada que se enriquecen con la consulta de fuentes científicas diversas. En este sentido, bien puede citarse como ejemplo el capítulo dedicado a la educación de la afectividad, tema del que se habla mucho en nuestro tiempo pero que no se ha considerado aún con el necesario rigor. Aquí, sin embargo, hallamos una clara y sencilla sistematización que puede orientar a los educadores sobre cómo cultivar la formación emocional de los adolescentes, sin olvidar, como bien dice el profesor Martínez-Otero, que no hay un conjunto cerrado de procedimientos para fomentar el desa-

rollo de la afectividad. En verdad, la educación de la afectividad exige que se adapten las distintas propuestas a las características y necesidades de los educandos, sin que ello lleve a pensar que ha de confiarse a la improvisación. La educación que se precie ha de ser integral y, por lo mismo, debe favorecer el desarrollo de todas las dimensiones personales. En lo concerniente a la vertiente emocional resultan muy elocuentes estas palabras del autor del libro:

«...hay que cultivar la afectividad, so pena de embrutecernos, por más que se posean algunas habilidades cognitivas concretas y relativamente autónomas».

En el umbral del tercer milenio se producen profundos y rápidos cambios sociales: multiculturalismo, tecnificación, sobrecarga informativa, aumento considerable de la esperanza de vida, etc., que exigen de la educación nuevas y eficaces respuestas. En el libro se propugna una educación fundada en las auténticas relaciones humanas que garanticen el equilibrio personal, la convivencia y la comunicación. Hoy más que nunca, parece decir el autor, es necesario fortalecer el trato interpersonal entre profesores y alumnos como vía para alcanzar una educación de calidad y garantizar el desarrollo saludable del educando. Si la educación no se fundamenta en una comunicación personal se desvirtúa al educando quien tenderá a repetir en ulteriores relaciones el esquema vivido en la institución escolar. La despersonalización educativa entraña evidentes riesgos para el propio alumno y el conjunto de la sociedad: problemas de identidad, trastornos mentales, adicciones de todo tipo, violencia, delincuencia, desarraigo, etc.

Como puede comprobarse de lo comentado hasta aquí, lo que se propone en el libro es una educación que permita el crecimiento pleno de la persona. La expresión *formación integral* contenida en el título de la obra enfatiza la necesidad de atender de modo efectivo y armónico los ámbitos cognitivo, afectivo y conductual. Este esfuerzo por dotar de coherencia a la educación se sustenta en la unidad de la persona y está presente a lo largo de las casi 350 páginas del trabajo.

Mas el libro no se queda en la mera especulación. La preocupación del autor por aplicar las reflexiones y conocimientos científicos a la acción se concreta en la elaboración de una original herramienta de intervención educativa —el Programa de Desarrollo Personal (P.D.P.)—, orientado a fortalecer y desplegar la personalidad en cuatro áreas principales: afectividad, comunicación, actitudes y valores, convenientemente entreveradas con la vertiente cognitiva. Este instrumento es, sin duda, una de las mayores aportaciones del Dr. Martínez-Otero en este libro, toda vez que se abren en el terreno práctico nuevas y necesarias vías a la educación personalizada.

El P.D.P. es una herramienta sencilla y heteroadministrada que permite a los educadores favorecer el perfeccionamiento de los adolescentes, tanto en lo concerniente al cultivo de su libertad responsable cuanto a potenciar su apertura a la realidad. Las 31 sesiones del programa son claras e incluyen objetivos, contenidos, indicación sobre el

tiempo, materiales, propuestas de trabajo (actividades y técnicas), así como valoración de las actividades. Como se sabe, es significativo el número de adolescentes con problemas de maduración que se adentran desesperadamente por caminos erróneos con la intención de hallar su identidad. En este sentido, el P.D.P., desde un enfoque preventivo y optimizador, puede ser muy eficaz en la orientación y formación integral de los educandos.

La fundamentación teórica del P.D.P. es ecléctica, como se pone de manifiesto por la influencias recibidas de la filosofía clásica, la pedagogía de la persona, la psicología humanista y la teoría de la dinámica de grupos. Es un programa psicopedagógico actual y flexible que sale a la luz con el propósito de mejorar la educación de los adolescentes. Dado su carácter abierto, también se pueden beneficiar de la aplicación del P.D.P. otros destinatarios: estudiantes de los últimos cursos de nivel primario, adultos que siguen planes de formación permanente, etc. Con las oportunas adaptaciones, el P.D.P. puede ser muy útil para el trabajo que realizan los profesionales de la educación extraescolar.

Nos hallamos, en fin, ante una genuina obra humanizadora que viene a cubrir una laguna en la educación de nuestros días y que además lo hace de forma amena y entusiasta.

M.ª DEL PRADO SÁNCHEZ AYLLÓN